

XXIII DOMINGO ORDINARIO C/2007

¿Qué significa ser un discípulo de Cristo? ¿Cómo podemos ser un discípulo de Cristo y cuales son las condiciones para hacerlo? Para contestar estas preguntas, examinemos las lecturas de hoy y observando las inspiraciones espirituales que nos ofrecen.

En el Evangelio, Jesús nos da tres mandatos para quien quiera ser su discípulo. El primero mandato es dejar a la familia y a si mismo. Para Jesús, el ser su discípulo requiere de un amor más allá de los lazos familiares y afectos.

Cuando Jesús dice que quienquiera venir a el sin preferir a su familia y así mismo no puede ser su discípulo. Con esto Jesús no nos enseña el odio a los miembros de nuestras familias. Sino mejor dicho, él quiere que nosotros lo prefiramos a el sobre todos los lazos del parentesco y hasta de nuestra propia vida. Haciéndolo así, él nos anima a romper aun los lazos más amados que tenemos si estos son obstáculo entre su amor y el nuestro.

¿Por qué es así? Es así porque Dios es la fuente de todo lo que tenemos y somos en este mundo; él es la fuente de nuestra familia. Si es así, como no podemos amar a Dios, quien es la fuente de nuestra vida, sobre todo. Aunque es un mandamiento difícil de llevar acabo, nos damos cuenta que no puede ir en contra de la ley de amor de Dios y de nuestro próximo.

El segundo mandato se refiere a la capacidad de cargar la cruz siguiendo los pasos de Jesús. La cruz es el signo de la vida que damos por otros. A fin de ser un discípulo de Cristo, deberíamos estar listos a ofrecernos totalmente por el amor de Dios y de nuestros semejantes como así Jesús lo hizo. Desde este punto de vista, cargar la cruz significa aceptar con valor las pruebas que la vida nos presente, aun que esto nos lleve a perder nuestra propia vida. Esto también significa la renuncia a nuestra propia vida y la posibilidad de perderla como Jesús lo hizo por el reino de Dios. La cruz no tiene nada que ver con el masoquismo; esto es un símbolo de las dificultades de vida que aceptamos por aquellos que amamos.

El tercero mandato es sobre la separación de posesiones materiales. La razón principal para renunciar a lo material es que a veces las cosas materiales nos impiden dar a Dios el primer lugar en nuestra vida. Algunas personas son tan obsesivas que nada cuenta fuera de sus posesiones. Aun más, las posesiones materiales tienen el peligro de endurecer nuestro corazón al punto de olvidarnos que hemos recibido todo de Dios y que tenemos que compartirlo con los demás. De cualquier manera, la verdad es que si nosotros escogimos seguir a Cristo, tenemos que cambiar nuestras actitudes hacia los bienes de este mundo, porque ellos no tienen en ellos un valor absoluto.

Todo esto nos ayuda a entender por qué Jesús insiste en la prudencia y la sabiduría que debemos tener al tomar las decisiones correctas en el tiempo preciso de modo que podamos realmente pertenecer a Dios. De hecho, la experiencia de la vida diaria, los acontecimientos que pasan en nuestra vida, así como nuestras responsabilidades en la sociedad, nos pone frente a elecciones difíciles para de hacer donde tenemos que probar concretamente que somos de Cristo y de su palabra.

Piense, por ejemplo, sobre la solidaridad con el pobre y el necesitado, la defensa de la vida humana en toda su integridad, la fidelidad en nuestros compromisos ante Dios y

nuestros compañeros, la respuesta negativa de violencia y venganza, etc. Todo esto nos pone frente a problemas concretos que debemos resolver no solamente como buenos ciudadanos, sino también como buenos cristianos. Es por esto que Jesús nos habla de considerar y calcular el precio de seguirlo; si nosotros realmente podemos vivir y actuar de acuerdo con estos mandatos de su reino.

Es verdad, sin embargo, que estos mandatos de Jesús no son fáciles. ¿Cómo puede uno preferir a los demás que a su propia familia? ¿Por qué renunciará alguien a su propio interés dónde él aprovecharía la situación? ¿Por qué te impondrá alguien sacrificios y renunciaciones cuando te encuentras en una situación muy cómoda?

Así puede parecer, si permanecemos dentro de la lógica humana y usamos argumentos humanos, las demandas de Jesús serían imposibles de realizar. Es sólo cuando nos dejamos ser dirigidos por la sabiduría de Dios y su Espíritu que nosotros podemos ser y actuar en consecuencia. Por nosotros mismos no podemos hacer nada. Y si lo hacemos, sería con errores y engaños. Solo, no podemos encontrar lo que es la voluntad de Dios, porque nuestros argumentos son inciertos e inestables cuando se trata de entender los caminos de Dios. Si ya es difícil de comprender las cosas que pasan en este mundo, cuanto más sería penetrar los pensamientos de Dios.

Es la sabiduría de Dios, entonces, la que nos ayuda a conocer la voluntad de Dios y caminar los senderos correctos de la vida. Si Dios no nos da su sabiduría, será muy difícil para nosotros de actuar sabiamente y con el discernimiento en las cosas que hacemos. La sabiduría es un don que viene de Dios; esto nos pide un total despojamiento de nosotros mismos con el fin de pertenecer a Dios. La sabiduría nos lleva a tomar buenas decisiones para preferir lo que es bueno para nosotros semejantes en lugar de nuestros propios intereses.

Esto es lo que San Pablo recomienda a Filemon sobre Onesimo, quien era un esclavo, pero se volvió hermano al convertirse a Jesús, por el bautismo. Mientras que el destino de un esclavo en el mundo antiguo era precario y según la buena voluntad de su maestro, San Pablo pide a Filemon que reciba a Onesimo, que lo trate bien como si fuera su hijo, de su propio corazón y un querido hermano de él. ¿Después de todo, cuál es la pérdida de un poco de dinero comparado a la alegría de dar la bienvenida a un hermano? Al recomendando a Filemon de hacer así, San Pablo nos enseña no solamente a perdonar, sino también a no posesionarnos de las cosas materiales.

Déjeme terminar con este dicho africano: Si usted quiere cazar leones, primero tome su lanza y encájala en la tierra. Si usted no puede hacerlo entrar profundamente en el suelo, olvida la idea de cazar. La enseñanza es esto: no te engañes a cerca de ser un discípulo de Cristo. Es no es sólo cuestión de escuchar el Evangelio o ser entusiasta acerca de él; esto es una exigencia. Piense en esto y toma las buenas decisiones que te pueden traer cerca de Jesús. Oremos que Dios nos ayude a optar por él. ¡Que Dios los bendiga todos!



Fecha de Sermón: Septiembre 9, 2007

© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: www.mbala.org

Nombre de Archivo: 20070909homilia.pdf